

Y cuando enlute el velo funerario
 Mi triste frente, y al dolor sucumba,
 Tú Cruz humilde, cubrirás mi osario,
 Y tus violetas ornarán mi tumba.

1859



EN EL ALBUM DE LUZ.

Nardo de este jardín, luz de este cielo,
 Dulce cláiz de amor y de consuelo,
 Ideal del cariño;
 Casta vlsión de encantos misteriosos,
 Blanca, como los ángeles hermosos
 Que ve en sus sueños sonriendo el niño.

Al contemplarte, virgen inocente,
 Al ver tus ojos y tu casta frente
 Que revelan la calma
 De tu existencia en flor risueña y pura,
 Calla el dolor, disípase la obscura
 Terrible tempestad que agita el alma.
 ¡Y pensar, desdichado, que me ausento,
 Cuando apenas ayer tu blando acento
 Ha llegado á mi oído,

Tierno como las quejas de la ave,
Cual los suspiros del amor, suave,
Cual despedida postrimer, sentido!

Hermosa niña, ¡adios! ¡Ay! me es preciso
Romper esta visión de paraíso

 Mi cáliz de consuelo,
Voy á cambiar por mi erial de espinas
El Edén que perfumas é iluminas,
Nardo de este jardín, luz de este cielo!

Colima, Febrero de 1865.



A ISABEL

(EN SU ALBUM)

Sereno cielo azul, sol esplendente,
Grandes nubes de púrpura y de gualda
Limitando los mares de esmeralda.

Aquí un volcán, cuya altanera frente
Una corona ciñe trasparente
De nieves y de brumas; y á lo lejos,
En continuas y espesas oleadas,
Las sierras de la costa iluminadas
De la luz tropical por los reflejos.

Bosques do quier de ceibas altaneras,
De arrayanes frondosos,
De gallardas palmeras
Bañadas por torrentes espumosos.

Y al pie de las parotas seculares,
 Junto á mansos arroyos,
 Agrupados los verdes platanares
 Que entoldan con sus hojas
 Los naranjos cubiertos de azahares.

Arcos de perfumados floripondios
 Sobre las frescas linfas,
 Circundadas de eneldos y de mirtos
 Como baños de ninfas.

Y pájaros, y flores, y céfiros,
 Formando á todas horas
 Con sus cantos, aromas y suspiros,
 Un raudal de delicias bienhechoras,
 Del alma adolorida arrulladoras.

Este el santuario es, do en mi camino
 Lleno de admiración vine á encontrarme,
 Cuando pobre y cansado peregrino
 A esta playa feliz quiso arrojarme
 La voluntad potente del destino.

 Mi corazón ardiente,
 Que lo bello idolatra y lo grandioso,
 Tu mágico poder adora y siente,
 Y con amor inmenso,
 A tus plantas se acerca
 También á tributar su humilde incienso

Recíbelo, Isabel, y una mirada
 Pague mi adoración, con una dulce
 nrisa de tus labios de granada.

Después voy á alejarme, mas llevando
 Tu imagen hechicera
 En el sagrario del cariño oculta.

 ¡Ay! ojalá que siga
 Un recuerdo siquiera de tu alma amiga
 La estela de mi buque,
 Y el camino erial, obscuro, incierto,
 Que tengo que seguir penosamente
 De una vida infeliz en el desierto.

Y cuando en algún día,
 De la aflicción la tempestad sombría
 Ruja dentro del alma,
 Para volver á la anhelada calma
 Evocaré tu nombre,
 Y tu recuerdo dulce y sonriente
 Disipará la nube de desgracia
 Que abrume entonces mi tostada frente.

Colima, Febrero de 1864.



A.....

¡Voy á decirte adiós!... pero no llores, ...
Nos separa la mano del destino
Que ha cavado una sima en el camino
Que debimos andar juntos los dos.
Debemos desunirnos en silencio
Yo disculpable soy, y tú inocente;
Pero un hondo pesar nubla mi frente,
Y antes que sufras mi desgracia.....adiós!

Ninguna queja amarga de tu labio
Desgarre ya mi pecho dolorido;
¡Oh! ten piedad de mí, mucho he sufrido,
Y para más no tengo corazón

Tú lo sabes muy bien; antes de amarte
Era tranquilo, y apacible y tierno;
Mas después que te amé, tornóme infierno
El inmenso volcán de mi pasión.

¡Cuál te he amado mujer! No hubo en el
(mundo

Un sacrificio que por tí no hiciera,
Un lazo que por tí no destruyera,
Todo á tus plantas ¡ay! deposité.

Te consagré las horas de mi noche
Los pensamientos de mis negros días,
Y hasta olvidé, mujer, ¿qué más querias?
Por tí mi dicha, mi ambición, mi fe.

Nada te pido en cambio, ni el recuerdo
De mis pasados y hórridos dolores,
Ni un suspiro siquiera, ni me llores;
Que todo es vano para amarnos ya.

Enjuguemos los ojos y callemos,
Y démonos sin llanto en esta vida
Nuestra postrer y triste despedida,
Que es nuestra hora de perdón quizá!

Abrázame y no llores. . . sé orgullosa
Y sufre con valor tu desventura;
Apuremos el cáliz de amargura,
Sin miedo vil, sin vacilar los dos.

Que cubra nuestra historia negro olvido;
No te entristezcas. mira, en lontananza
Hay una luz siquiera de esperanza,
¡La lumbré del osario! ¡adiós! ¡adiós!

1858.





AL DIVINO REDENTOR.

PLEGARIA EN UNA FIESTA DE LA MONTAÑA.

*Deus, tu conversus vivificabis nos: et plebs
tua letabitur in te.—PSALM. LXXXIV, V. 7.*

¡Oh mártir del Calvario!...sublime Nazareno
Que escuchas del que sufre la tímida oración,
Que amparas y consuelas en su pesar al bueno,
Que alientas del que es débil el triste corazón.

Piedad para los hijos del pueblo, que inocentes
En la miseria yacen; ¡protégelos, Señor!
Tú vez cómo se muestran en sus tostadas frentes,
Que inclinan sollozando, las huellas del dolor.

En tiempos ¡ay! mejores con tierno y dulce
(acento,
Vinieron á cantarte de tu madero al pie;

Mas hoy las agrias heces apuran del tormento,
Y sólo con su llanto te expresarán su fe.

¡Perdón! Hoy no pudimos en medio á los pesares
Que el pecho nos traspasan, venir á tributar,
Ni palmas en el atrio, ni frutos á millares,
Ni aromas en tu templo, ni flores en tu altar.

Los huertos sin cultivo perdieron su verdura,
Baluartes los peñascos de la montaña son,
Cadáveres de hermanos tapizau la llanura,
Y en vez de los arados arrástrase el cañón.

En los maizales tiernos las cañas se doblagan,
Que de la sangre hiriólas el hálito mortal;
Las linfas abrasadas del río ya no riegan
Sino collados mustios y estéril bejucal.

Nosotros, desdichados, debajo la cabaña
Las lágrimas vertemos en nuestro amargo pan,
Temblando por la guerra que invade la montaña
Temblando por los hijos que á arrebatarnos van.

Conturban las congojas el alma del creyente,
De duelo está la patria, de duelo está el hogar;
Los brazos caen rendidos, y en la abatida frente
Descarga rudos golpes la mano del pesar.

Señor, cuando en un tiempo vagaban persegui-
Los hijos de tu pueblo, tú fuiste su sostén; (dos
Tus hijos también somos, llegamos afligidos
Al pie de tus altares; ¡protégenos también!

Tú que la paz quisistes, Apóstol de los cielos,
Si á Méjico contemplas, ¡oh! ¡sálvala Señor!
Aparta de sus hijos el cáliz de los duelos,
Aparta de sus hijos el bárbaro rencor.

¡Oh, cuál en tu presencia renace la esperanzal
¡Cuán bella entre las sombras empieza á relucir!
¡Ah, sí, la blanca aurora ya surge en lontananza!
Gracias, Señor, ¡es ella! . . . ¡la paz del porvenir!

Entonces quemaremos incienso en tus altares;
Y en ves de esas corona de fúnebre saúz,
Tendremos frescas palmas y frutos á millares,
Y flores de los campos que adornarán tu cruz.





A OFELIA PLISSÉ.

(EN SU ALBUM.)

Yo no te ví jamás; pero hubo un día
En que un patriota y joven peregrino
Que de esa tierra donde existes, vino
Hasta las playas de la patria mía,
Conmovido me habló de tu hermosura
Que de una diosa el don llamarse puede,
Y que admirable y rara, sólo cede
A la santa virtud de tu alma pura.

—Cruzaba yo, me dijo tristemente,
Mi camino erial desfallecido
Temiendo sucumbir, mas de repente
Me encontré sorprendido
Al levantar mi dolorida frente,
Con un carmen florido;

Que resguardan altivos cocoteros,
 Que embalsaman oscuros limoneros,
 Y que esmaltan jazmines y amapolas,
 Y que mecen pujantes
 De dos oceanos las inmensas olas.

— Es Panamá la bella; la cintura
 De la virgen América, allí donde
 Del mundo de Colón el cielo esconde
 La grandeza futura.

Como símbolo santo, hermoso y puro
 De esa edad venturosa y anhelada,
 Cuya luz ya descubre la mirada
 Del porvenir en el confín obscuro,
 Existe una beldad, joven, risueña,
 Inteligente, dulce y seductora
 Como un amante en sus afanes sueña,
 Como un creyente en su delirio adora.

— Es Ofelia, la diosa de ese suelo,
 La maga de ese carmen encantado,
 De dicha imagen ideal deseado,
 El astro fulgurante de aquel cielo.

La perfumada flor, la que descuella,
 De corola gentil, fresca y lozana,
 Abriéndose á la luz de la mañana
 En los jardines ístmicos—es ella!

— Allí la admiración le erigió altares,
 Incienso le da Amor—la Poesía
 Le consagra dulcísimos cantares;
 Y un himno inmenso Libertad le envía
 Entre el ronco suspiro de los mares.

— Yo la ví, la adoré—cual peregrino
 A quien la mano del dolor dirige;
 Adorarla y pasar fué mi destino.
 ¡Ay! yo me alejo, mi deber lo exige,
 Mas su recuerdo alumbra mi camino;
 Yo llevaré su imagen por do quiera,
 Y confundiendo en uno mis dolores
 Y en un objeto uniendo mis amores,
 Yo escribiré su nombre en mi bandera.

— Tú á esa tierra lejana
 En las dóciles alas de los vientos
 Envía de tu lira los acentos
 A esa beldad que he visto, soberana.

Así me dijo el joven peregrino
 Y siguió con tristeza su camino.

.....
 Acapulco, Julio de 1865.



LA CAIDA DE LA TARDE.

(A ORILLAS DEL TECPAM)

Mirar como traspone las montañas
El sol, cansado al fin de su carrera,
De este río sentado en la ribera,
Escuchando su ronco murmurar.
O ver las aves que con tardo vuelo
Van á las ramas á buscar descanso,
O mis ojos clavar en el remanso
Que obscurece las sombras del pälmar.

A esta mustia soledad salvaje
Venir ¡ay triste! á demandar remedio,
En mi constantante y doloroso tedio;
Y el pesar abatiéndome después.

Y pasar afligido hora tras hora,
De la ausencia en el lóbrego martirio;
De un imposible afán en el delirio
¡Esta, lejos de tí, mi vida es!

Tu recuerdo tenaz nunca se esconde
En el obscuro abismo de mi mente,
Y el fuego de tu amor, aun vive ardiente,
Abrasándome siempre el corazón.
No vale huir de tí. . . . que el alma loca
Vuela á do estás, en alas del deseo,
O te atrae hacia mí, y aquí te veo,
Sombra á quien presta vida mi pasión!

Y evoco las memorias de otros días
Que dichosos, más breves trascurrieron,
Pero que amantes al pasar nos vieron
Desmayados, del goce en la embriaguez.
Y pido á estas riberas la ventura
De esas horas de amor dulces y bellas;
Mas ¡ay! no pueden darme lo que aquellas
En que te ví por la primera vez.

Nada me sonríe ya, cuando va el cielo
Tiñendo de carmín por un instante,
Desde su tumba de oro, fulgurante,
Del tibio sol la moribunda luz.

Nada promete á mi esperanza ansiosa,
A mi deseo audaz ó á mi pena,
La noche, cuando de delicias llena,
Va envolviendo la tierra en su capuz.

¡Ay! y las palmas, las hermosas palmas
Que tú tan gratas para siempre hicieras,
A ninguno, sus tristes cabelleras
Hoy acarician de nosotros dos.
Y cuando entre sus ramas solitaria,
Cayendo va la estrella de la tarde
Tu mirada semeja, como ella arde,
Así ardía en tu postrer adiós.

Y esa pálida estrella vespertina
Que un momento en el cielo resplandece,
Y que declina pronto y desaparece,
Semeja, así, nuestro pasado bien!
Hé ahí lo que me queda, recordarte,
De esta fatal ausencia en el hastío,
Y pensar que en los bordes de ese río,
Tal vez tú lloras por mi amor también.

1864.





A.....

De antiguo templo en la derruida nave
Donde silencio es todo y soledad,
La paloma un asilo buscar suele,
Para vivir en paz.

Y aquí en mi corazón, callado y triste
Que el culto de otro amor no turba ya,
Refugio á tu inocencia hallar podrías,
Sobre el desierto altar

Ni el nombre de los númenes que un día
Efímeros vivieron, hallarás;
Que una sombra siquiera en mis recuerdos
Que te lastime, no hay.